

## De noche te espero mirando al sol

Alexandra Cárdenas R.\*

*"En la noche negra del alma siempre son las tres de la madrugada"*  
F.S. Fitzgerald

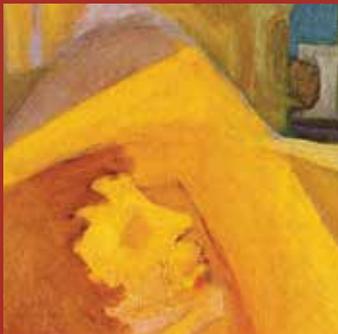


*Epitalamio*, México, 1956, Óleo sobre tela 150.5 x 200 cm. / Pedro Coronel

**L**as tres de la madrugada no es una buena hora casi para nada excepto para pensar. Parece que la noche está cortada a la mitad con el filo de una navaja, y de pronto uno se encuentra en medio de un mar en el que las costas que lo circundan son tan equidistantes como lejanas. Quizás es por eso que los pensamientos que nacen en esa brecha de tiempo tienen la cualidad de no permanecer del todo a la realidad ni al sueño.

Esa era la hora marcada por el reloj cuando decidió llamarla. Uno, dos, tres timbrazos, como siempre, no hubo respuesta. Colgó. Permaneció unos minutos mirando la pantalla. No esperaba nada, sólo quería que el tiempo corriera más rápido.

Ya había consultado con varios médicos, pero ninguno había podido determinar la causa de su insomnio. Había intentado los somníferos prescritos una y otra vez sin obtener



*Epitalamio* (detalle), México, 1956, Óleo sobre tela 150.5 x 200 cm. / Pedro Coronel

resultados. Le habían dado el diagnóstico de insomnio secundario idiopático, lo que quería decir, que nadie se explicaba su padecimiento. Todas las noches, casi a manera de ritual, a las tres de la mañana sus ojos se abrían en automático. No importaba lo cansado que estuviese o bajo los efectos de qué sedante se hubiese ido a la cama. No había escapatoria. Se había vuelto una especie de esclavo del reloj. Intuía que ella estaba despierta al mismo tiempo, por eso intentaba buscarla, pero era inútil. La madrugada no es una hora que pueda pasarse en compañía.

Se levanta de la cama, sin nada más que hacer, como un vagabundo en su propia habitación. Se sienta en el escritorio que da la cara a la ventana y abre las cortinas de par en par. Quiere ver el cielo, para ahuyentar la claustrofobia de la soledad que genera el insomnio. Hojea un par de libros sin lograr concentrarse. Exhala un profundo suspiro y se rinde. No hay remedio. Garabatea unos versos débiles sobre un viejo cuaderno.

*“La noche es una hamaca tejida de suspiros. La luna, el sol de los que pierden su destino”*

De inmediato se arrepiente y los borra con brusquedad. Se da la media vuelta en la silla giratoria y queda de cara a un espejo de pared. Su imagen lo incomoda, se ve a sí mismo sentado, esperando, con los ojos hundidos y los cabellos enmarañados. Se siente un intruso en su propia habitación. Es la imagen de alguien que espera algo, cualquier cosa. Se espera a sí mismo en las pupilas de alguien más.

*“Andamos por el mundo creyendo saber que en algún momento, algo ocurrirá, esperando, como si estuviéramos eternamente sentados en el andén de una estación de trenes. Hora tras hora, días, luego siglos, eternidades completas vemos pasar un sinnúmero de vagones vacíos. Nadie se atreve a moverse de su lugar. En algún momento algo sucederá.”*

Mira de nuevo las manecillas del reloj, como quien observa los brazos del verdugo a punto de ejecutarlo. Luego toma su teléfono entre las manos, está frío y con la pantalla en negro. Es un faro que no se digna a arrojarle una luz en medio de la oscuridad.

*“¿Y cuál es la luz que buscamos? ¿La de otro cuerpo? Vivimos pensando que el amor es la cura de todos los males, nos montamos en los otros como si fueran trenes sin preguntar hacia dónde van. Esperamos llegar a alguna parte. Esperamos que alguna vez, sólo una vez, uno de ellos sea el que nos lleve a algún sitio. Cualquier lugar nos bastaría con tal de pausar nuestro eterno recorrido. Viajeros sin hoja de ruta, sin horarios, sin tiempos y con maletas que se van haciendo más difíciles de arrastrar con el peso de los años y el paso de los daños.”*

Pone de lado la pluma. Se escucha un ruido seco al golpear ésta contra la madera. Le clava la mirada, sabe que es una extensión de su propia mano, y su mano cuando la toma se vuelve una extensión de su propia alma, si es que tal cosa existe. Se vuelve a girar sobre la silla. Esta vez no busca su imagen en el espejo; recorre con



*Personaje del tiempo*, México, 1976, Óleo sobre tela  
115 x 90 cm. / Pedro Coronel

los ojos la habitación posando su mirada sobre el mobiliario. Tal vez si algo cambiara, sólo una vez sería un amable recordatorio de que sigue vivo, pero las cosas permanecen siempre igual, inmóviles, intactas. ¿Seguirá él igual también con el paso de las noches?

¿Así se sentirá la eternidad? ¿Como un eterno preámbulo a la madrugada? ¿Es acaso también una clase de insomnio esperar con los ojos abiertos a que llegue un rayo de luz a nuestras habitaciones frías? ¿Será que en el fondo estamos acaso tan vacíos como los pasillos de una biblioteca a las tres de la mañana? ¿Con tanto silencio metido en los párpados, quién puede atreverse a soñar?

Casi sin darse cuenta, el sueño parece llegar al fin. Su cuerpo desea ceder al descanso pero su mente sigue en pie. Podría dormir y ponerle fin al drama de la espera, pero en vez de ello, en un afán masoquista, se levanta y se prepara una taza de café. De cualquier manera, le vendría mejor por ahora no soñar. Si lo hiciera la vería de nuevo y tendría que soportar perderla al despertar.

Todos los médicos le habían interrogado acerca de sus síntomas. Pero no había manera de explicarles el malestar creado por el hueco de una ausencia. Como si algo dentro de él hubiera muerto. Como si algo de ella se rehusara a abandonarlo del todo. No desea dormir. Se aferra a la vigilia como un gato que

araña la alfombra. Cerrar los ojos sería volver a los brazos de esa mujer que vive al otro lado del espejo.

Sus ojos van de nuevo de un punto a otro como una mariposa en cautiverio, suben por encima del refrigerador y se brincan luego a la cerradura de la puerta; recorren la mesa de punta a punta notando los restos de azúcar esparcidos sobre el mantel; en el piso no hay nada nuevo, está limpio; las persianas cerradas; las tazas acomodadas sobre una repisa que necesita una mano de pintura; la tetera somnolienta sobre la estufa. Todo permanece bajo un orden inquietante.

De pronto siente una suave caricia sobre la espalda, lo recorre como un escalofrío. Alguien le besa en la nuca despacio con un aliento suave y puede percibir un aroma de vainilla y rosas que sabe a puesta de sol en verano. Mira el reloj pero éste ha detenido su marcha. Ya no está solo, sabe que por fin lo ha vencido el sueño, o quizá de nuevo, acaba de despertar.

\* Hidalgo del Parral, Médica.

Fecha de recepción: 2014-10-03  
Fecha de aceptación: 2015-03-23